Presentación número especial:

1988 – 1968: De la Transición al largo ‘68 en Chile

La década de 1960 estuvo marcada por un escenario de inestabilidad política global. Tanto las revueltas obreras y estudiantiles como las guerras de descolonización son los hechos más notorios dentro de un proceso general de crisis del orden social y económico conformado tras la gran depresión del 1929 y el fin de las guerras mundiales. Las revueltas de 1968 han definido una imagen para esta década, suscitando incluso la denominación de “largo 68” en referencia a la duración e intensidad de la acción de sus movimientos sociales protagónicos. Pese a ello, este “largo 68” se cerró como ciclo histórico con sendas derrotas para los movimientos obreros y mezquinos triunfos particulares para las capas medias durante las dos décadas siguientes. En este periodo, la izquierda se jugó su última posibilidad de articular una revolución de alcance mundial y perdió estrepitosamente. Su derrota en el plano estratégico e ideológico - que signaría el cierre del “siglo XX corto” - estuvo marcada por hitos tan extensivos a nivel global como la caída del Muro de Berlín y el fin de la Unión Soviética durante el paso de la década del ochenta al noventa.

En el contexto del Cono Sur, el año de 1968 también marca un período de crisis general y de ofensivas revolucionarias, que se inicia con las revueltas de mediados de la década de 1960 y se cierra con el golpe de Estado en Argentina, en 1976. El ciclo político del “largo 68” estuvo marcado por el ascenso de las clases populares a la centralidad de la política, en el marco de la crisis del modelo desarrollista y la industrialización sustitutiva de importaciones. Esta situación evidenció diversos quiebres en las sociedades americanas. Primero, la apuesta de buena parte del movimiento obrero y de los pobres urbanos y rurales por la transformación total del orden social latinoamericano de la primera mitad del siglo XX, contraviniendo los intereses directos de las clases dominantes. Un papel importante en este proceso lo tuvieron tanto la fractura de las capas medias y del Estado, como el advenimiento de las dictaduras militares en la región a partir de dicha década. Ese “largo 68” del sur, destaca por una amplia y explícita presencia de la violencia en la política y la cultura: tanto en el ámbito de la izquierda armada como en el de la propia represión estatal, así como también en la masividad del apoyo a las alternativas anticapitalistas de gobierno. Del mismo modo, las derrotas sufridas por la izquierda y los sectores sociales tras ella establecieron el final de este ciclo político de ascenso popular, pero en la forma extrema de dictaduras terroristas que -luego de restaurar el orden de clases a sangre y fuego- recién se retiraron al correr de la década de 1980.

En Chile, el “largo 68” tuvo la forma específica de un ascenso en la movilización obrera, campesina y estudiantil; y que se caracterizó por haber sido marcadamente dirigido por la izquierda, por el protagonismo popular en la política, por la fractura de las clases medias y por la radicalización juvenil. Los años sesenta como época se definen por la imposición del interés político de nuevas fuerzas, desplegándose a lo largo de todas las instituciones sociales y desbordando sus anteriores límites. El “sesenta y ocho” es el momento de ruptura y desborde: los campesinos y pobladores masifican las “tomas” (ocupaciones), los obreros usan ampliamente la huelga ilegal, los estudiantes y docentes de izquierda se toman las universidades y otras instituciones, en su ruptura los partidos producen nuevos y más revolucionarios referentes, las mujeres ingresan en número a la primera línea de la política y la intelectualidad. El “largo 68” chileno encuentra su cénit en el trienio de la Unidad Popular y en los distintos fenómenos

revolucionarios observados en esos años. Probablemente, el período más densamente político de la historia de Chile.

En este sentido, y ante su devenir histórico, la derrota de la Unidad Popular -y del “largo 68” con ella- es una de las más profundas del siglo XX: ello tanto por los grados de violencia estatal en pos del aniquilamiento de franjas organizadas completas de la izquierda y las clases populares, como también por la profundidad de los cambios políticos y económicos consolidados en la larga dictadura cívico-militar iniciada en 1973. El plebiscito de 1988, hito de culminación del periodo autoritario, marca también el cierre del proceso iniciado durante los sesenta al restaurar una democracia “formal”, que sin embargo expulsa del espacio de la “nueva política” transicional las razones y formas que habían dominado el explosivo proceso de democratización popular experimentado durante nuestro “largo 68”.

En esta clave, en Chile los hechos de 1988 -y en general el cierre del “corto siglo XX” en Occidente- han sido usados de forma política a modo de consensos transversales. Aquello no es específico de este pasado, sino una forma extendida de procesar la memoria de aquellos períodos cargados de conflictividad, impunidad y permanencia de los agravios. En ellos la necesidad de paz social termina por facilitar y premiar los consensos narrativos, desplazando e, incluso, rechazando las aportaciones de la historiografía en cuanto forma científica de aproximación al pasado. Pasadas tres décadas, resulta necesario entonces realizar una revisión de los hechos de la “transición breve”, específicamente el período que va de la derrota del “año decisivo” en 1986, al aplastante triunfo electoral de la Concertación en diciembre de 1993.

El ciclo iniciado a mediados de los sesenta se cierra en un período densamente político, definido, de modo espectacular, por el plebiscito de 1988. Se impone la necesidad de volver el oficio de la historia sobre estos dos períodos densos -el “68” y el “88”- buscando, de forma contra-intuitiva y desprejuiciada, las claves que nos permitan un análisis certero de los hechos del pasado. Pues, si los acontecimientos de 1988 y los primeros años de la transición democrática se asentaron en un consenso sobre el origen de la dictadura -consenso de interpretación histórica que lo ubicó temporalmente en la década de 1960, hasta 1973-, el estudio de esos mismos acontecimientos de fines de los ochenta desde un enfoque historiográfico actual, nos permite abrir nuevas preguntas y temas sobre el desarrollo de la segunda mitad del siglo pasado. Así, el ejercicio de estudiar 1988 como hito de cierre se empalma necesariamente con la oportunidad de volver a mirar 1968, aunque sorteando los consensos que hasta ahora han limitado su conocimiento, y que en el Chile de 2018 se resquebrajan como sentidos de lo público. De este modo, la doble conmemoración abierta en 2018 -50 años de los hechos de 1968 y 30 años de los hechos de 1988-, es una relevante oportunidad de ofrecer nuevas perspectivas e investigaciones sobre el final de la dictadura y el comienzo de la transición, así como también, nuevas claves de aproximación a la gran ruptura social de los años sesenta y su crisis en 1973.

La serie de artículos que se seleccionaron para este número especial de *Izquierdas*, fueron trabajados en conjunto bajo la misión común de revisitar los consensos históricos construidos en las décadas de 1980 y 1990 -sobre todo en torno al plebiscito de 1988- respecto de la década de 1960. Se propuso a los investigadores una retrospectiva crítica a 1988 y la transición, para volver a mirar 1968 y la década de los años sesenta. Se busca estimular la emergencia de lecturas que permitan complejizar la actual construcción historiográfica del proceso de transición democrática chileno, como culminación de un largo ciclo de conflicto político y social para, desde esa base, observar los orígenes de dicha potencialidad en el “largo 68”, dando cuenta de las amplias relaciones existentes entre ambos momentos de nuestra historia.

Carolina Olmedo C., Luis Thielemann H.
(Coordinadores)
Junio 2018.